

Asentamientos humanos y nuevo orden económico

LUIS ECHEVERRIA ALVAREZ

NOTICIA

Discurso pronunciado por el Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos, en Vancouver, Canadá, el 31 de mayo de 1976. (Título de la Redacción.)

TEXTO

Al asistir a este foro México ratifica que para el cumplimiento de las tareas prioritarias de nuestro tiempo es imprescindible la existencia y el fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas, y que la paz verdadera, no la paz impuesta, de hacerse y construirse se hará desde su seno o no se hará desde ninguna parte.

Alcanzar este propósito supone un esfuerzo profundo por asumir una responsabilidad histórica que ya no podremos transferir al futuro: la responsabilidad de enfrentar en su raíz misma la acumulación de problemas que está sacudiendo al edificio de la civilización humana. Supone un conocimiento profundo de la realidad contemporánea, el desarrollo de un pensamiento autocrítico y una búsqueda sistemática de posibilidades viables.

Esta tarea demanda un enorme esfuerzo de clarificación y síntesis guiado por la honestidad y la lucidez; pero dependerá básicamente, como toda renovación histórica, de un acopio firme de voluntad, comprometida con la idea de la justicia y la solidaridad.

Hay dos factores esenciales que se oponen a la transformación de los términos de nuestra convivencia: la confabulación de poderosos intereses y la persistente tendencia de muchos hombres a creer que las reglas y los patrones de su época constituyen categorías inmutables de la naturaleza humana.

Nada más falso. La historia certifica que el signo del hombre es la evolución, la capacidad de encontrar nuevas respuestas y de trazar nuevos caminos.

Hace 28 años, en la Declaración Universal de Derechos Humanos aprobada y proclamada por la Asamblea General, se estableció que toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios.

La información reunida para ser estudiada por los señores delegados, revela qué tan lejos estamos de haber traducido a la realidad ese propósito.

Esta Conferencia es propicia para ahondar en el análisis del momento presente, con miras a establecer las causas verdaderas de este rezago, y discutir la estrategia a seguir para alcanzar resultados válidos.

En particular, aquí será posible estudiar algunas de las características más relevantes del problema que actualmente representan los asentamientos humanos; problema que si bien

preocupa a todo el mundo, adquiere dimensiones angustiosas en los países pobres.

Aquí serán revisados asuntos tales como la migración masiva del campo a la ciudad, la proliferación de cinturones de miseria, las posesiones ilegales, la multiplicación de viviendas carentes de las condiciones mínimas de seguridad y decoro, la especulación con la tierra, la contaminación ambiental, el encarecimiento e insuficiencia de los servicios públicos, la deformación cultural, el incremento de la criminalidad en las ciudades y en suma, la degradación de la convivencia humana.

Insistimos una vez más en un hecho fundamental: que el problema urbano, como muchos otros, no será resuelto, en modo alguno, si lo consideramos como un hecho autónomo, como un elemento particular y aislado. Es un eslabón más, incluso no el mayor, no el más explícito, de una cadena de hechos materiales que constituyen la realidad de nuestro tiempo y que se refleja en la ciudad perdida, en el tugurio. ¿Cómo separar ese eslabón del desempleo, la ignorancia, la insalubridad, la explosión demográfica, la subalimentación o el hambre de las grandes mayorías de la Tierra?

Es preciso hacer un esfuerzo integrador. Un esfuerzo constructivo y sincero para aceptar que el problema urbano es, en sí mismo, un resultado, pero no una causa; una consecuencia, pero no el origen de la crisis; un efecto, pero no su fundamento sustantivo. En otras palabras, no habrá una respuesta positiva sin una consideración global del fenómeno.

Los temas que han centrado la atención mundial en los últimos años, tales como la preservación del medio ambiente, el acelerado crecimiento poblacional, el desempleo, la escasez de alimentos y la condición de la mujer, están íntimamente vinculados al proyecto social de cada nación.

México, en la búsqueda de soluciones de fondo para sus propios desafíos, ha actuado decididamente en estos rubros, que constituyen preocupación central de la comunidad de naciones.

No es casual que nuestro país concurra a las reuniones internacionales después de haber puesto en marcha, en lo interno, transformaciones indispensables para atender las cuestiones que a nivel mundial inquietan a nuestra organización.

De esta manera, concurrimos a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, con una Ley para Prevenir y Controlar la Contaminación Ambiental; a la Conferencia Mundial de Población, con nuevas disposiciones constitucionales y legislativas en la materia, al igual que en el caso de la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer. En todas estas reuniones al mismo tiempo que nos hemos nutrido de la experiencia universal, hemos podido mostrar avances concretos en nuestro proceso de renovación política y social.

Recientemente, las cámaras legislativas mexicanas aprobaron diversas reformas a nuestra Constitución Política y una Ley que precisa los términos conforme a los cuales la nación

ha de ejercer su responsabilidad de regular los asentamientos humanos.

Este avance normativo busca una distribución más justa de la riqueza; el desenvolvimiento equilibrado del país, armonizando la interrelación de la ciudad y el campo; impedir el sacrificio innecesario de zonas de cultivo; distribuir equitativamente los beneficios y cargas del crecimiento urbano; crear condiciones favorables para la expansión de los programas de vivienda; descongestionar las grandes urbes; descentralizar las actividades económicas, culturales, políticas y administrativas en el marco de un desarrollo regional armónico; y, en síntesis, mejorar la calidad de la vida en los asentamientos humanos.

Esta medida se suma a los ingentes esfuerzos que hemos realizado en materia de vivienda obrera y campesina, a la acción tendiente a otorgar seguridad jurídica a los pobladores de áreas precarias que crecieron al amparo de la especulación, a la regularización de la tenencia de la tierra, a una incorporación programada de las zonas rurales a las ciudades, a las cuantiosas inversiones tendientes a regenerar las condiciones de vida en zonas degradadas, a la apertura de nuevos polos de desarrollo, a la desconcentración administrativa realizada en la capital de la república, a la extensión de servicios públicos esenciales y al rescate y mejoramiento de centros que constituyen un patrimonio artístico o histórico.

Conforme a la nueva Ley, será posible impulsar una planeación democrática que propicie el desenvolvimiento de nuestras ciudades sobre bases de racionalidad y justicia. Así, por ejemplo, en nuestro país impulsamos la creación de polos de desarrollo autónomos en los que se establezcan, coordinadamente, centros industriales y centros de producción agropecuaria que garanticen la elevación de los niveles de empleo y de vida en el campo, así como el arraigo de la población en la provincia y la conservación del ambiente.

No obstante que nuestro país, al igual que otras naciones del Tercer Mundo, se ha aplicado a este propósito con firme decisión, nuestros logros y nuestras perspectivas reales están muy lejos aún de nuestras aspiraciones. Y esto es así, porque en las actuales circunstancias no bastan los esfuerzos nacionales aislados para corregir fenómenos cuyo origen estructural se ubica más allá de nuestras fronteras.

No puede haber respuesta de fondo para estas cuestiones si permanecemos sujetos al irracional sistema vigente de las relaciones internacionales. De ahí la urgencia de avanzar en la configuración de un nuevo orden fincado en la solidaridad y en la cooperación.

Aunque el fenómeno de los asentamientos humanos es preocupación de todos, es preciso diferenciar su estructura, origen, dimensión y consecuencias entre las naciones ricas y las naciones pobres.

La urbanización de los países industriales es resultado de fuerzas productivas que condujeron a la abundancia, en el esquema de las guerras coloniales y la expansión imperial, mientras que en el subdesarrollo es producto de la miseria y la desesperación, de la huída de un medio rural empobrecido, de corrientes migratorias en búsqueda de una última alternativa vital.

Cuando las principales metrópolis del mundo desarrollado superaron el millón de habitantes, tenían tras de sí varias décadas de revolución industrial. Las masas campesinas que llegaron a las puertas de las ciudades europeas como reservas de mano de obra, que permitieron con los bajos salarios la acumulación del capital, no son las que llegan hoy a las ciudades de los países periféricos a instalarse en la marginalidad. En una marginalidad que no sólo denuncia la injusticia, sino que pone en una crisis insalvable el modelo económico fincado en la explotación interna y en la dependencia del exterior. La explosión urbana del Tercer Mundo es fruto de una generación de falsas expectativas, pero no del cambio social o económico.

En los países pobres, de la misma manera en que la explosión demográfica se produjo como resultado de la reducción de los coeficientes de mortalidad sin contar con la expansión de las fuerzas productivas, el crecimiento urbano ha tenido lugar en ausencia de una infraestructura económica y social que le dé sustentación. El urbanismo, el falso urbanismo del Tercer Mundo, no es la consecuencia de un sistema económico libremente elegido, que responda a los intereses y posibilidades auténticos de la población; es resultado de un sistema enajenado, de una economía impuesta, sujeta a los intereses metropolitanos fincados en la acumulación de riqueza y de poder, en la especulación y el desperdicio.

En el pasado, el acceso a la vida urbana fue sinónimo de ascenso a la libertad, a la seguridad y al mejoramiento de la existencia. Actualmente, en los países marginados, el tránsito del campo a la ciudad, a esa vida degradada de las ciudades perdidas y de los tugurios, no implica superación sino, en muchos casos, retroceso global y una evidencia más de que la vigente organización económica del mundo es incapaz de resolver los desequilibrios contemporáneos.

En el Tercer Mundo se ha llamado urbanismo al desesperado movimiento de las masas agrarias en busca de una solución humana a su existencia y que lleva a las ciudades al presencia acusadora de la crisis social, con el desempleo, la explotación, y la carencia de servicios básicos de agua, vivienda y escuela.

Lo que ha desquiciado la vida en los asentamientos humanos de las áreas periféricas ha sido el sistema de dominio que actúa a espaldas de los pueblos, el desplazamiento masivo de recursos y de la plusvalía del trabajo de unas regiones a otras dentro de cada nación y de las naciones pobres a las ricas en el ámbito internacional, a cambio de una remuneración unilateralmente fijada e injusta.

Si en los países industriales el sector terciario, los servicios, representan una nueva etapa del desarrollo económico fincado en el consumo de masas, y proporcionan empleo a trabajadores calificados en los sistemas tecnológicos y administrativos más modernos, en la ciudad del subdesarrollo estas actividades encubren una estructura de subempleo y desempleo. Ni los llamados servicios así prestados constituyen una verdadera necesidad social, ni quienes los desempeñan alcanzan condiciones mínimas de remuneración económica y estabilidad. Estos países están acumulando de manera explosiva un alto grado de ineficiencia y frustración.

La literatura del poder multinacional pretende ocultar las verdaderas causas de los hacimientos humanos de los países pobres, haciendo parecer que éstos están compuestos por hombres y mujeres fatalmente abúlicos y torpes y, en el mejor de los casos, por seres abandonados de la fortuna. La verdad es, no importa repetirlo, que el colonialismo interno y la injusticia en las relaciones económicas internacionales condenan a estos pueblos al desempleo y la marginalidad.

¿Cómo podría, efectivamente, retenerse en el campo y en condiciones dignas de existencia a la marea humana que se desplaza a las ciudades, cuando los precios de los alimentos y las materias primas son objeto de acaparamiento mercantil y de una inicua especulación internacional? ¿Cómo podría incrementarse la eficiencia productiva en los sectores primarios cuando, frente a esta situación, los implementos de trabajo y la tecnología implican una enorme sangría para nuestras economías?

¿Cómo puede pedirse un esfuerzo persistente y continuado de planeación a nuestros países, cuando muchos de ellos se debaten en la miseria, cuando las prioridades nacionales son obstruidas desde el extranjero, cuando su disponibilidad de recursos de todo tipo depende de una transferencia arbitraria, insegura y onerosa por parte de los centros de poder, y cuando la información para la toma de decisiones falsifica la visión del país y del mundo, en interés de los más fuertes?

No es posible que los nobles propósitos de esta Conferencia se puedan realizar en la práctica si al mismo tiempo no se contempla este problema —como todos los demás en que se debate el mundo— desde una perspectiva integral que no distraiga nuestra atención en la búsqueda de soluciones segmentadas y meramente coyunturales que, por ello mismo, fracasarían, dejando intactas las verdaderas causas de la injusticia y haciendo que el paso del tiempo, por sí solo, agudice la crisis.

Grave sería convertir esta reunión en un simple foro de denuncias y lamentaciones, al margen de aportaciones constructivas, pero más grave sería pretender la imposición de respuestas ajenas a las necesidades reales de la mayor parte de la humanidad.

Si esta Conferencia ha de ofrecer opciones válidas, éstas tendrán que apartarse de etnocentrismos metropolitanos y formularse desde posiciones democráticas, capaces de promover proyectos auténticamente prioritarios para los pueblos, de financiarlos sin ataduras de ningún tipo y de propiciar la dignidad humana sobre bases de justicia y libertad. De allí nuestro rechazo a toda supuesta cooperación que tienda a reproducir patrones contrarios a nuestras aspiraciones, porque en el fondo resultan vehículos de penetración económica y cultural, de hegemonía y dependencia y, por lo mismo, no resuelven, sino agudizan nuestros problemas.

Ante los asentamientos humanos los organismos internacionales tienen la tarea de coordinar esfuerzos y configurar programas concretos de cooperación. Pero, cualquier programa, para ser viable, debe apoyarse no en la adhesión forzada de los pueblos a planes ajenos a sus intereses, sino en la respuesta que ellos mismos den a sus necesidades objetivas.

Rechazamos todo pretendido determinismo. Nos pronunciamos, en cambio, por una planeación democrática por la participación soberana y articulada de todas las naciones en la configuración del futuro.

Por ello mismo, esta Conferencia se inserta en el gran tema de nuestro tiempo que es la división del mundo entre un bloque de la abundancia y un enorme archipiélago de pobreza.

La reciente actitud de los estados industriales revela hasta qué punto la disputa real no se libra en el ámbito de las grandes confrontaciones ideológicas del mundo sino en el de los intereses económicos concretos, y cómo llegan al entendimiento circunstancial las minorías del poder, cuando las mayorías precisan sus demandas y se organizan para la acción. A la hora de la verdad, han podido más los cálculos contables que las banderas de libertad, democracia, justicia y solidaridad.

Revela, asimismo, con crudeza, que antes que ninguna otra contradicción entre los pueblos, prevalece la de países ricos y países pobres. Los primeros luchan por ampliar su poder, los segundos, apenas por el derecho primordial de sobrevivir.

El desorden monetario, el desempleo generalizado en extensas zonas del mundo, el renovado y creciente deterioro de los términos de los intercambios para los países en desarrollo. La agudización de los problemas derivados de la deuda externa, acentuaron las deformaciones estructurales que impuso el neocolonialismo y han hecho paradójico el término de "países en desarrollo", cuando lo que ha ocurrido, en muchos de ellos, es una franca involución hacia la miseria y la dependencia. Una involución de los términos de las relaciones internacionales que se traduce en mayor empobrecimiento, en agresiones directas e indirectas y en presiones políticas y económicas que frustran la esperanza de muchos pueblos.

No obstante la gravedad de estos problemas, en la celebración de la IV UNCTAD en Nairobi se evidenció un peligroso alejamiento de las posibilidades de una acción concertada a nivel mundial entre los países poderosos y las naciones del Tercer Mundo, para instaurar de consuno el nuevo orden económico internacional.

Hasta hoy los países desarrollados han tenido el poder para salir más favorecidos de crisis coyunturales, sometiendo a las grandes masas mundiales a condiciones aún más rigurosas de pobreza.

Esto ha creado la falsa ilusión de que los desajustes contemporáneos pueden incluso ser un buen negocio para quienes, desde hace siglos, han administrado sistemáticamente a su favor la injusticia que ha imperado en el mundo.

Por ello, la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, y recientemente la iniciativa para el establecimiento del Fondo Común para el Financiamiento de Reservas de Estabilización de Productos Básicos, así como las propuestas contenidas en la declaración de Manila, que los países del Tercer Mundo expusieron en la IV UNCTAD para

organizar en términos más racionales y equitativos las relaciones comerciales y financieras, la transferencia de la tecnología y la cooperación económica para el desarrollo, han sido recibidas por los centros de poder mundial con profunda desconfianza, como si fueran parte de una actitud arbitraria del mundo del subdesarrollo.

Es la reacción persistente del poder frente a los reclamos de justicia y, en este caso, frente a una sólida alternativa de supervivencia que el Tercer Mundo ha propuesto bajo el signo de la razón y la voluntad de concordia.

Esta actitud puede configurar un grave error histórico. Enfrentar a las demandas de equidad, fundadas en el hecho de la interdependencia, el rechazo absoluto, el no categórico o la indiferencia, equivale a ignorar que las cosas han llegado a un límite difícilmente sostenible.

La acumulación de la pobreza está conduciendo a un callejón del que sólo se podrá salir con cambios cualitativos, que si no los emprendemos todos por la vía de la negociación y del entendimiento, seremos conducidos irremisiblemente a la violencia.

Incrementar aún más la masa social de los marginados, manipular la agonía de los pueblos para financiar la recuperación económica de países que viven desde hace mucho tiempo en la abundancia, constituye una miopía que conducirá a las más graves consecuencias.

Debemos enfrentar con crudeza la situación actual; las reglas de la presente vida internacional son insostenibles, llevan en sí el germen de la desestabilización internacional y sus contradicciones conducen a permanentes y numerosos focos de conflicto. La subsistencia de este orden de cosas pone en peligro a la paz y con la violencia habrá de generar una época de autoritarismo y represión que frustrará el desarrollo de los potenciales más elevados del espíritu humano.

Somos la generación ubicada en el parteaguas, en el tránsito hacia una regresión sustantiva de la convivencia humana o hacia la preservación de las posibilidades creativas de nuestra especie.

No se trata de una exageración, no incurrimos en el alarmismo que distrae del fondo de la cuestión. Las estadísticas y las prospecciones cuantificadas del futuro inmediato, ilustran con mayor elocuencia que todas las palabras, la gravedad de este dilema.

En el interior de las naciones industriales, para fundamentar la estabilidad y el progreso, fue preciso crear las condiciones para un cierto equilibrio en el reparto del ingreso. Por ello mismo, insistimos que es indispensable replantear los problemas.

Sentarnos aquí como en recientes conferencias internacionales, con las decisiones tomadas de antemano, con instrucciones de ceder en lo accesorio, de no retroceder un ápice en las ventajas y ganancias que se han acumulado, equivale a incurrir en una gran responsabilidad, la de orillar a millones de hombres que viven en condiciones infrahumanas a una

situación sin alternativas. Esta obsecación y esta miopía no son un hecho nuevo, sino configuran el mismo espectáculo que en el pasado ha precedido a todos los estallidos sociales y a todas las contiendas bélicas.

El nuevo orden económico internacional supone en los poderosos una disposición esencial de renunciar al exceso y al hartazgo en aras de la paz.

Hemos llegado todos juntos como protagonistas y espectadores de la historia, a la hora de decisiones trascendentales. Es absurdo que inmensos recursos financieros se pierdan en el rearme, se destruyan por el desperdicio de la sociedad consumista y se erosionen por el uso inadecuado del patrimonio de la humanidad.

Ha llegado la hora de definir, como parte de un proyecto racional, el uso de la energía y de los recursos naturales como elementos al servicio del hombre y del cambio social, el empleo de las innovaciones tecnológicas y de los recursos económicos, no como un poder al servicio de los más fuertes, sino como el resultado de la creación colectiva de todos los seres humanos.

Este programa es realizable, no puede impugnarse su viabilidad histórica. Sin embargo, su implementación implica abandonar la retórica y las actitudes moralizantes para encontrar las formas prácticas y dar los pasos concretos.

A pesar de las tácticas dilatorias y de la cerrazón manifestada por los centros de poder, hoy reiteramos nuestra disposición de contribuir a la preservación del diálogo.

Hemos creído siempre en la negociación para encontrar áreas de entendimiento entre ideologías divergentes e intereses contrapuestos, así como en la posibilidad de idear mecanismos de cooperación que ofrezcan ventajas legítimas a todos los pueblos.

En Nairobi, el Tercer Mundo constató, una vez más, a pesar de los obstáculos y la incompreensión, que cuenta con un proyecto civilizador basado en la medida, la estricta objetividad histórica y en un auténtico espíritu de conciliación.

Paralelamente a esta búsqueda afanosa de la concentración de esfuerzos, los países del Tercer Mundo debemos avanzar en forma inmediata en nuestras propias relaciones de coordinación y solidaridad. Se hace hoy indispensable el tránsito de su organización política, a una nueva etapa, la de su organización económica.

El próximo mes de septiembre se celebrará en México una reunión de los países miembros del Grupo de los 77, para acordar el programa de cooperación entre nuestras naciones. Aquí reside un compromiso fundamental para los gobiernos de las naciones del Tercer Mundo: el abordar la empresa de la transformación creadora, analítica y organizativa.

Sin la fundamentación de estados modernos, eficientes y sólidos no podremos combatir las deformaciones internas en el seno de nuestras sociedades; sin la disposición de concretar entre nosotros y para nosotros mismos los instrumentos, los

dispositivos y los mecanismos de solidaridad en materia comercial, industrial, financiera y tecnológica, no avanzaremos en nuestros propósitos más ambiciosos de reformar el orden mundial.

El Sistema Económico Latinoamericano, propuesto por México, se integra a esta estrategia fundamental de los países del Tercer Mundo, de impulsar su progreso por la asociación de esfuerzos y la acción solidaria.

En el marco general de este proyecto de trabajo conjunto se inscribe la inauguración en México, también en el próximo mes de septiembre, del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo que cuenta con el apoyo y simpatía de las Naciones Unidas, y cuya primera piedra tuvimos el honor que fuera puesta por nuestro Secretario General, el excelentísimo señor doctor Kurt Waldheim.

Es sólo en esta búsqueda de un orden más justo y equilibrado que la presente Conferencia sobre los Asentamientos Humanos, podrá alcanzar soluciones de fondo porque esta materia sirve al amplio propósito de dignificar integralmente las condiciones de vida de todos los hombre en el campo y en la ciudad, de posibilitar el ejercicio de sus potencialidades y de concretar los derechos humanos reconocidos por la comunidad de naciones.

La Organización de las Naciones Unidas sigue siendo el mejor escenario para fincar el entendimiento entre los pueblos que la transformación de la convivencia internacional demanda. Si en 1945 surgió la Organización como un acuerdo de triunfadores a los que se unieron decenas de naciones independientes, hoy en 1976 pertenecen a las Naciones Unidas 144 estados en los que habita la inmensa mayoría de la población mundial.

El cambio ha sido radical. En poco más de 30 años han logrado la independencia nacional los pueblos de más de cien territorios que al suscribirse la Carta de San Francisco vivieron bajo un estatuto colonial. En nuestros días, ante una realidad transformada, no pueden aplicarse los criterios predominantes de la posguerra.

Las Naciones Unidas jugaron entonces el papel primordial de preservar una paz conseguida al alto precio del sacrificio de millones de vidas humanas. Conservarla era y es el objeto esencial. Sólo que los instrumentos para lograrlo deben renovarse sustantivamente.

Frente a nuestra Organización hay dos opciones fundamentales: concebirla como simple administradora de un sistema rebasado por los acontecimientos y por la nueva composición mayoritaria de sus integrantes, o entenderla comprometida en una tarea de transformación. Sólo la segunda alternativa conduce a la paz.

El futuro reclama el fortalecimiento de esta Institución y es responsabilidad de las naciones que la integran dotarla de la fuerza indispensable para que pueda cumplir con este decisivo papel que le ha encomendado la historia. Para ello, es preciso que en su seno, y en todos sus foros, se abra paso la voz de las representaciones de la mayoría de la Tierra, como única garantía de un futuro de justicia y libertad. □